

sores de Torres-Vedras; que de consiguiente ningún peligro formal corría Lisboa por aquel lado; que si le tocaban algunas balas no se le ocurría el remedio, y que era menester dejarle quieto y libre para ocuparse en una tarea ya muy difícil de suyo, la de defender la orilla derecha, de la cual dependía la salvación de Portugal y de la Europa. Sin embargo, para responder al clamoreo de los habitantes de la capital había consentido en levantar algunas obras sobre las cimas de Almada, frente por frente de Lisboa, aunque bien seguro de que al primer ataque formal serían tomadas. Pero todos los palacios de Lisboa no valían á sus ojos lo que un reducto de Torres-Vedras, y tenía razón militarmente hablando.

Apoyado así lord Vellington sobre tres líneas de trincheras formidables, que defendía con setenta mil hombres y el numeroso paisanaje allí refugiado, podía mirar con alguna seguridad al valiente ejército francés que tenía delante, aun cuando, según todas las probabilidades, debiera de aumentarse mucho. Así, consultado por su gobierno acerca de su situación, en el mismo momento en que tomaba posición tras de aquellas líneas, y acerca de la posibilidad de desprenderse de la flota de transporte, que por sí sola costaba á Inglaterra más de 75 millones al año, respondió que se creía en perfecta seguridad sobre Torres-Vedras; que si absolutamente se quería despojarle de la flota de transporte, libre era el gobierno para efectuarlo, pues no se juzgaría perdido de resultados de tal providencia, mas que esto no sería conforme á las reglas de cordura, pudiendo el ejército francés ser reforzado á la hora menos pensada por tropas idas de Castilla la Vieja y por tropas destacadas de Andalucía; que si llegaba orden de París, el mariscal Massena daría el ataque, y ante semejante general y semejantes soldados, á pesar de todas las probabilidades, había que guardarse de responder de las resultas; que así, por costoso que fuera, se haría bien en dejarle la flota de transporte, aun cuando entendía no necesitar de ella. A la postre añadía, y esto honra su inteligencia política en alto grado, que lo verosímil era que no fuera socorrido Massena sino débilmente por Castilla la Vieja y de ningún modo por Andalucía.

Tal era el obstáculo imprevisto que acababa de atacar el paso del general Massena y sus tropas. Nadie sospechaba la existencia de este obstáculo antes de haberlo visto, y aún después de verlo necesitó un reconocimiento de muchos días para avalorar toda su fuerza. Ya el cuerpo de Junot había llegado sobre la meseta de Sobral desde el 12 de octubre: al día siguiente, queriendo juzgar Massena de los intentos del enemigo, mandó que aquel cuerpo atacara el pueblo de Sobral, situado fuera de las líneas y casi junto á las fuentes de los dos riachuelos el Arruda y el Sizambro. Con brío disputaron el lugar los ingleses, bien que sólo por el honor de las armas, pues no había interés absoluto en defender más que el recinto de las trincheras. Al cabo Junot quitóles á la bayoneta aquel punto, matándoles como doscientos hombres; pérdida á la cual se igualó poco más ó menos la de nuestros soldados. Apenas dueños del Sobral y al querer desembocar más adelante, un fuego violento partido de todas partes indicó la línea de obras enemigas, su fuerza y su enlace. Ya no podía caber duda sobre la existencia de un campo

atrincherado abarcando todo el promontorio de Lisboa de vertiente á vertiente, desde el desagüe del Arruda en el Tajo hasta el de Sizambro en el mar.

Antes de resolver Massena cosa alguna, hizo que sus tropas tomaran una posición de expectativa. Junot permaneció en Sobral y colinas cercanas, frente por frente de las avanzadas inglesas: Reynier se estableció en Villanova, cerca del Tajo: Ney hacia Alenquer y por consiguiente á la espalda.

No siendo obedecidos los ingleses á las puertas de Lisboa como en las provincias del Norte, que ocupaban militarmente, y habiendo cruzado el país á la carrera, no pudieron destruir ellos ni hacer que destruyera el paisanaje los recursos de esta provincia, una de las más ricas del reino. De consiguiente había para subsistir algunas semanas y tomarse tiempo de reflexionar antes de abrazar un partido sobre la conducta que se debía seguir por más acertada. Massena se dedicó á reconocer en persona la posición del enemigo á una y otra vertiente, y empleó muchos días en practicar este reconocimiento por sus propios ojos. Hallándose el 16 de octubre bajo una de las baterías contrarias y observándola apoyado en la tapia de un jardín con un antejo, los oficiales ingleses, que distinguían muy en claro al mariscal ilustre, experimentaron á su vista un sentimiento digno de las naciones civilizadas cuando se ven reducidas á la desventura de hacerse la guerra. Con descargar todos sus cañones podían acribillar á balazos al estado mayor del general en jefe, y aun probablemente dejar fuera de combate su persona: sólo hicieron un disparo á fin de avisarle del peligro, y con tan buena puntería, que echaron abajo la tapia en donde apoyaba su antejo; Massena comprendió la cortés advertencia, saludó á la batería, y montando de nuevo á caballo se colocó fuera de alcance. Después de lo visto, sabía hartó bien y sin ningún linaje de duda el valor de las vastas obras que tenía delante. Algunos paisanos cogidos en los alrededores, algunos individuos atraídos fuera de Lisboa por los oficiales portugueses que militaban á las órdenes de Massena, afirmaron unánimemente que detrás de aquella primera línea de trincheras estaba la segunda, y por último la tercera, armadas las tres con setecientas bocas de fuego, guardadas lo menos por setenta mil hombres de tropas regulares, sin contar las milicias y el paisanaje allí refugiado. No era, pues, un simple campo atrincherado, cuyo ataque se pudiera hacer de repente con osadía, sino una serie de obstáculos de la naturaleza, cuya dificultad había aumentado de un modo singular el arte, obstáculos enlazados además por fortificaciones cerradas la mayor parte á gola, imposibles de arrebatar en un momento de arrojo y no menos difíciles de caer por sorpresa; pues mientras los ingleses, gracias á los caminos que habían abierto y á las señales que habían establecido, podían trasladarse en pocas horas de una á otra vertiente y reunir toda la masa de sus fuerzas en el punto atacado, á los franceses un accidente del terreno les estorbaba una maniobra de esta clase. Y á la verdad en la parte del promontorio ocupada por ellos separaba las dos vertientes una alta cumbre llamada Monte Junto, sin ningún camino, y no permitía que, fingiendo atacar la una, se fuera á atacar súbito la otra. Por necesidad á la misma vertiente en que se desplegaran nuestras tropas

habrían de dar el ataque, y así no podían dudar de hallar á los setenta mil hombres del ejército inglés juntos en su contra.

Bien considerado todo, la posición pareció inatacable, á lo menos por entonces, y esto demuestra que no por enérgico dejaba Massena de ser prudente. De seguro nada hubiera convenido más, tanto á su carácter como á su situación, que una tentativa osada, cuyo feliz desenlace hubiera terminado la guerra; pero tuvo el buen seso de comprender que, tentativa semejante no presentaba suficientes eventualidades de triunfo para que debiera efectuarla, á la par que el mal suceso muy probable le exponía á una pérdida infalible. Mucho distaba á la sazón de tener los cincuenta mil hombres con que hizo en Portugal la entrada. Muertos ó heridos le había costado cuatro mil quinientos el ataque de Busaco, y la marcha como dos mil entre enfermos y cogidos por los contrarios. Verdad es que los heridos levemente en Busaco se habían incorporado ya á sus tropas, y que no tardarían en imitarles, ya restablecidos, algunos de los que enfermaron en la marcha, y que cuando unos y otros acabaran de ingresar de nuevo en las filas, contaría verdaderamente en estado de pelear unos cuarenta y cinco mil soldados. Tropas excelentes eran sin duda, capaces de emprenderlo todo. Mas ¿qué podían contra setenta mil enemigos, que en campo raso de seguro no les hicieran cara, pero que detrás de sus posiciones defensivas valían tanto como las mejores tropas del mundo? Para apoderarse de aquellas líneas fuera necesario tener de noventa á cien mil hombres, conducir veinte mil por la orilla izquierda del Tajo y setenta ú ochenta mil por la orilla derecha; acometer, no sólo por las dos márgenes del río, sino por las dos vertientes del promontorio situado á la derecha; turbar al enemigo con la simultaneidad de los ataques; obligarle á lo menos á dividirse; tomar, si era preciso, por asedios regulares algunas de las principales obras; escalar las otras; abrir así un agujero para forzar la entrada de la línea á fuerza de hombres, y ser bastante fuerte para no tener que temer, en caso de descalabro, el día siguiente. Pero si Massena con cuarenta y cinco mil hombres, con la posesión de una sola orilla del Tajo, hubiera atacado las líneas y sacrificado diez mil hombres entre muertos y heridos sin fruto, según acontecería de positivo, ¿cómo reducido á treinta y cinco mil hombres pudiera á otro día retirarse ante un enemigo envaletonado por la victoria, persiguiéndole sin descanso por entre poblaciones furiosas y un país ya esquilmo, sin hallar hora de respiro ni un pedazo de pan siquiera? Probablemente perdiera casi todo su ejército antes de llegar otra vez á Almeida, y su campaña, que debiera de ser conquista, fuera un verdadero desastre. Añádase que Massena, obligado á llevarlo consigo todo, así viveres como municiones, tenía aún bastantes de ellas para dar una batalla, mas para dos de ningún modo, y que después de consumirlas delante de las líneas, no le quedara apenas con qué defenderse en su retirada.

Sin vacilaciones había, pues, que renunciar á atacar inmediatamente las líneas de Torres-Vedras; pero de que no fueran inmediatamente atacadas no se infería que no lo serían más tarde, y que entretanto nada habría que hacer junto á las márgenes del Tajo entre

Abrantes, Santarem y Alhandra. Ante todo, haciendo allí pie firme, se conseguía el primer efecto de tener bloqueados á los ingleses y en continuas perplejidades, de que no tardaría en participar su gobierno: si se les bloqueaba largo tiempo, se obtenía el segundo de privarles de subsistencias, no sólo para ellos, sino para la inmensa población de Lisboa, que no recibiendo de lo interior del país cosa alguna, habría de vivir de lo que le llegara por mar, y pronto á precios tan exorbitantes, que hicieran la alimentación del pueblo portugués imposible. Así, por mucho desdén que manifestara lord Wellington respecto de los movimientos populares, no alcanzaría á resistir á un pueblo hambriento que clamara por que se le alimentase ó se dejara el paso libre á los franceses, y abiertas á éstos las puertas de Lisboa á la orilla izquierda del Tajo por el pueblo vencido del hambre, no tardaran en caer por sí mismas las líneas de Torres-Vedras. No dejaba, pues, de haber eventualidades favorables para nosotros en permanecer delante de las líneas inglesas, bien que bajo la principal condición de estar largo tiempo, y de que al procurar reducir á los ingleses al hambre, no empezara ésta á matarnos á nosotros. Se necesitaba indispensablemente que ocupáramos las dos márgenes del Tajo, á fin de obstruir para el enemigo todos los manantiales de abastecimiento y de proporcionarnos todas las subsistencias de la fértil provincia del Alentejo, lo cual no era posible si un fuerte destacamento del ejército de Andalucía, después de tomar á Badajoz, no avanzaba por la orilla derecha del Tajo sobre Lisboa. Previamente había que establecerse de una manera sólida junto al Tajo, entre Alhandra, Santarem y Abrantes; proporcionarse medios de vivir en estos puntos; echar un puente sobre el Tajo á fin de maniobrar por ambas riberas; noticiar á Napoleón la situación exacta para que de Castilla la Vieja enviara todos los refuerzos que fuera posible y ordenara que todo el ejército de Andalucía marchara sobre Lisboa; aguardar así el efecto de tales providencias, y cuando llegaran los auxilios, tentar con fuerzas considerables un ataque furioso á las líneas inglesas, dado que el bloqueo no hubiera sido bastante á dar su caída.

Situado Massena á quinientas leguas de París y á cien leguas de Salamanca, en un país horroroso, entre poblaciones feroces, con las comunicaciones tan interceptadas que no había recibido un solo pliego desde su partida de Almeida, sin medios seguros de subsistencia, detenido ante un obstáculo que se reputaba insuperable, y no pudiendo ir más allá en busca del enemigo, al paso que éste á cada instante se le podía venir encima con fuerzas superiores, no se turbó por nada, impuso á todos la resolución que tenía en la mente, dedicóse, á pesar de que sus lugartenientes hablaban aún de retirarse, á persuadir á todo el ejército de la necesidad de saber obrar con paciencia, de perseverar donde se estaba, de aguardar los refuerzos cuya llegada no tardaría, y de que, lejos de considerar las líneas como invencibles, aprestaran su valor á embestirlas, tan luego como hubiera el número suficiente de soldados y la cantidad necesaria de municiones para lanzarse á ellas con probabilidades de victoria.

Su primer cuidado fué elegir un campo de batalla para el caso en que llegaran á atacarle los ingleses.

Siempre Junot se hallaba expuesto en Sobral á una acometida del enemigo, y así Massena le trazó su línea de retirada hacia las colinas de Aveiras, situadas á la espalda, sobre las cuales Ney se encontraba ya establecido, y adonde Reynier podía acudir prontamente, con lo que, reconcentrado el ejército entero en pocas horas, se hallaría en disposición de escarmentar á los contrarios si osaban tomar la ofensiva. Hecho esto, se puso á buscar subsistencias.

A la parte del Tajo ocupada por los franceses era Santarem la ciudad de más importancia. Abandonada la hallaron y medio destruída, y los soldados hambrientos aumentaron aún más los destrozos del enemigo. Con el fin de ponerles coto envió allí Massena al administrador principal del ejército, y á Eblé, general de su artillería. Después de algunas investigaciones reconoció que en lo interior de Santarem quedaban aún recursos de bastante monta; que los había en las aldeas circunvecinas, y que, recogidos con cuidado y distribuyéndolos con orden, se podrían mantener durante algún tiempo las tropas. Allí se estableció un hospital para dos ó tres mil enfermos, y en muebles, camas y ropa blanca se juntó con qué proveer este hospital de todo lo necesario. Además se descubrieron otros comestibles con que los portugueses tenían costumbre de alimentarse, tales como tocino, pescado salado, aceite, legumbres secas, azúcar, café, ron, vinos excelentes. De fuera se reunió algo de trigo, mucho maíz, y en las islas del Tajo no pequeña cantidad de ganado. También en las pequeñas islas cercanas había provisiones, que los ingleses no tuvieron poder ni tiempo de hacer que fueran destruídas. Sólo estaban del todo arruinados los molinos, y aun su mecanismo sencillísimo se hallaba más bien dislocado que destrozado. Entre los soldados de artillería y de ingenieros había operarios que, aun cuando hubieran dejado de mucho tiempo atrás su oficio, estaban dispuestos á ejecutarlo á medida de las necesidades de las tropas. Con su ayuda el general Eblé pudo reparar los molinos y moler en breve cuantos granos fueron hallados. Ya desde entonces se hicieron distribuciones regulares, y dispuso Massena que se formara en cada cuerpo un abastecimiento de reserva con lo que sobra del cotidiano. Desde Santarem subiendo hacia el Zezere y hacia Abrantes, se extiende la rica llanura de Golgao, por donde el cuerpo de Ney se había ya derramado, y donde había certidumbre de proporcionarse grandes recursos. Se empezó, pues, á no padecer inquietudes relativamente á subsistencias, y á pesar del pan de maíz que no tenían costumbre de comer nuestros soldados, la abundancia de carne, de pescado salado, de vino, de azúcar, de café, de licores, les hacía soportable la vida. Sólo carecían de zapatos, mas por fortuna en Santarem se encontró cuero, y bien ó mal se pudo componer el calzado. A esta margen del río apenas quedaban en villas y aldeas algunos cientos de habitantes. Se vivía de cuanto habían abandonado los otros.

Massena hubiera querido que la administración central del ejército recogiera estos recursos y los administrara en interés común de las tropas, mas se alzaba el clamor general contra esta administración cual si fuera culpable de las privaciones padecidas. Hubo, pues, que dejar que se administrara de por sí cada cuerpo, ya bajo

la dirección de su general, ya bajo la de su jefe de estado mayor; y cada cual por consecuencia se arregló lo mejor que pudo, según los lugares y las circunstancias. Con todo, la mayor dificultad del momento no provenía de las subsistencias. Antes de mucho, ora para bloquear á Lisboa por ambas orillas, ora para abrirse el Alentejo, ora para dar la mano al ejército de Andalucía si llegaba en ayuda, ora en fin para tomar la importante ciudad de Abrantes, por más arriba ó más abajo de esta ciudad era preciso pasar el Tajo. En esta operación capital había que poner la mira y faltaban trenes de puentes, sin los cuales no se podía llevar á cabo. Por todo recurso, halláronse dos barcas en Santarem, por haber destruído el enemigo ó llevádose las demás. Y se necesitaban muchas, pues el Tajo (desigual como el Loira en Francia, como todas las vías fluviales que no nacen en montañas nevadas, y que debiendo su raudal á las lluvias se muestran alternativamente mermadas de aguas ó torrentosas) subía ó bajaba á veces muchos pies y para abarcar toda su anchura se necesitaban no menos de cien grandes barcas. También el Zezere, que allí se junta y nos separaba de la no pequeña población de Punhete y de la ciudad de Abrantes, merecía que se le echara un puente, sobre todo para abrirse el camino de Castel-Blanco, uno de los que permitían comunicarse con la frontera de España. Se necesitaban ciento veinte barcas para estos dos puentes.

A pesar de su habilidad suma se le acababan de ir de las manos al general Montbrún veinticinco grandes barcas de una isla cerca de Chamusca, por lo que para proporcionárselas en el país no quedaba ya arbitrio. Eblé, antiguo general de artillería, distinguido no menos por su alta inteligencia que por su adhesión y actividad ilimitadas, se encargó de construir barcas siempre que se le dieran operarios. Fraguas había en Santarem, hierro que se podía sacar de las demoliciones y hasta madera; pero herramienta se contaba muy poca. Después de reunir Eblé los operarios de la artillería, les hizo fabricar hachas, sierras y martillos: luego dispuso que se echaran abajo casas á fin de tener madera, bien que de la obtenida por tal medio no se podían sacar gruesas tablas. Habiéndose descubierto á corta distancia de Santarem un bosque bastante bueno, se cortaron allí árboles que se trasladaron á la ciudad colocando uno de sus extremos encima del juego delantero de la cureña de los cañones y arrastrándolos de esta suerte. Por desgracia con trabajo tan fatigoso se gastaban los hombres y los caballos. Y costaba no poco hallar operarios, pues sólo se vivía medianamente en lo interior de los cuerpos, donde el merodeo estaba regularmente organizado. Para todos trabajaban los soldados en los talleres, y no saliendo al merodeo, se exponían á carecer de lo necesario. Así iban de mal grado á los talleres de Santarem y se escapaban de ellos tan luego como tenían coyuntura. Castigarlos ligeramente no produjera ningún fruto, y para castigarlos con severidad nadie tenía corazón en la posición en que se estaba: aún quedaba el recurso de pagarlos, pero se carecía de dinero. Massena echó un guante entre los oficiales, quienes escotaron para anticipar 20 ó 25.000 francos á la caja del ejército, y gracias á estos esfuerzos comenzaron las construcciones, y no se desesperó de poseer pronto los medios para cruzar el Tajo.

Mientras bajo la dirección del general Eblé se trabajaba con este objeto, se quiso extender Massena hasta Punhete y Abrantes, lisonjeándose de hallar allí grandes recursos. Con efecto, Loissón y Montbrún pasaron el Zezere á fuerza de audacia y destreza, le echaron un puente de caballetes, y acabaron por establecerse á las dos orillas, sin embargo de serios peligros, pues el puente era tan frágil y el Zezere iba tan caudaloso que la comunicación se podía interrumpir á cada instante. Con todo, se consolidaron al fin los caballetes, y entrando en Punhete se encontraron allí provisiones. Muy luego hasta se creyó oportuno trasladar á aquel punto el establecimiento y los talleres de Santarem, por ser más fácil de echar enfrente de Punhete el puente, cuyos materiales costaba tanto trabajo reunir sobre el Tajo, á causa de no haber aún recibido allí el caudal del Zezere. Decidióse, pues, que los talleres se trasladaran á aquel paraje, y como las barcas ya construídas no podían subir por agua, no se perdió nada de lo hecho.

Conquistada Punhete, el general Montbrún avanzó con sus reconocimientos hasta las mismas puertas de Abrantes; pero la población de esta ciudad, numerosa y enardecida, apoyada por tropas anglo-portuguesas, había levantado defensas en torno, y para quitárselas se necesitaba un ataque en regla, ejecutado con artillería de grueso calibre, y por otra parte este ataque no tenía probabilidad de buen suceso mientras los sitiados pudieran recibir los socorros de lord Wellington por la izquierda del Tajo. Se aplazó, pues, esta conquista importante hasta que se estuviera en proporción de operar sobre las dos orillas del río.

Quando el mariscal Massena descubrió la posibilidad de establecerse junto al Tajo, de vivir allí y de cruzarlo, aguardando así sin zozobra las resoluciones ulteriores de Napoleón, dedicó sus cuidados á buscar un campamento más seguro, más tranquilo, mejor adaptado á sus dos operaciones esenciales, que consistían, según se acaba de ver ahora, en la creación de un tren de puentes y en la conquista de Abrantes.

Obligado en este momento á tocar en Sobral con su cabeza y en Abrantes con su cola, nuestro ejército se hallaba demasiado extendido y cotidianamente expuesto á combates mortíferos y sin fruto. Por otra parte, el terreno que ocupaba delante de las líneas inglesas estaba ya devorado y no era posible subsistir allí por más tiempo. Massena pensó, pues, en replegarse algunas leguas á retaguardia, situándose entre Santarem y Thomar á lo largo del Tajo, con una división en Leiria para vigilar el descenso de la Estrella y guardar el camino real de Coimbra, ora contra un retroceso ofensivo de los ingleses, ora contra las irrupciones de los *insurgentes* españoles y portugueses, que iban molestándonos mucho, pues luego de la partida del ejército habían invadido á Coimbra y hecho prisioneros, aunque esta vez sin degollarlos, á los heridos que dejamos dentro de sus muros. Aun colocándonos en la nueva posición que se trataba de elegir entre Santarem y Thomar á algunas leguas de las líneas inglesas, no nos impedía de ningún modo bloquearlos rigurosamente, á lo menos por la orilla derecha del Tajo, única de que éramos dueños, y á la par nos proporcionaba un establecimiento más pacífico y más seguro. Así también se nos ahorran las cotidianas escaramuzas, que puede apeteer un ejército

poco aguerrido, pero que fatigan inútilmente á un ejército bien probado; y por lo que hace á un ataque serio, único deseable para nosotros, no podía ser intentado, á causa de la distancia que nos separaba, sin que el enemigo desenmascarara sus miras, lo cual imposibilitaba toda sorpresa. Por último, esta posición nos aproximaba más á Punhete, donde estaban nuestros talleres, y á Abrantes, de que importaba apoderarse.

De consiguiente el 14 de noviembre, al cabo de un mes de mansión delante de las líneas inglesas, trajo Massena su ejército á retaguardia, operación en que desplegó mucho arte. Naturalmente convenía ocultar el movimiento de Junot á los ingleses, con los cuales todos los días se venía á los manos, sin que le cayeran encima en masa y le hicieran sufrir una gran derrota. A fin de engañarlos Massena hizo correr la voz de que iba á atacar las líneas inglesas, lo cual regocijó á nuestros soldados é inquietó á los ingleses hasta el punto de retenerlos inmóviles detrás de sus obras. Luego mandó á Junot, que estaba en Sobral y hacia la meseta central, y á Reynier, situado en Villa-Nova junto al Tajo, que enviaran por delante sus enfermos, sus heridos y la parte embarazosa de su artillería. De noche hizo que Junot levantara á toda prisa su campo, manteniendo sobre las armas á Reynier que mandaba más aguerridas tropas y que á mayor abundamiento ocupaba el ancho camino del Tajo, por donde era fácil la retirada. Al amanecer se hallaba Junot fuera de alcance y Reynier empezaba á su vez á levantar su campo, mientras atentos los ingleses á la custodia de sus trincheras, no pensaban en perseguirnos ni por asomo.

Ya había Ney llegado á Thomar; pasando por Santarem le siguió Junot, y á otro día Reynier fué detrás de Junot echando por el mismo camino y teniendo á su entrada en Santarem una falsa alarma. Cuando los ingleses echaron de ver su engaño, emprendieron tras de nosotros, inquietos con la idea de que pensábamos tomar á Abrantes por asalto y naturalmente con gran prisa por estorbarnos el designio. Llegado Reynier á Santarem, posición dominante sobre el Tajo adonde conduce un camino abierto por entre los pantanos del río, y que puede ser evitado porque no se enlaza estrechamente con la Estrella, vióse perseguido por fuerzas de consideración y temió un instante ser envuelto: se turbó de resultas y pidió socorro á Massena, que desdeñando por extremo su susto, no lo socorrió sino tarde. Ninguna consecuencia tuvo la alarma, y antes bien estuvieron á punto de ser copados dos regimientos ingleses que quisieron ganar terreno sobre el flanco de nuestras tropas. Esta aventura sólo produjo la fatal consecuencia de que muchos heridos y enfermos del hospital de Santarem, á impulsos de la alarma del jefe, saltaron precipitadamente de su cama, y de que algunos cayeran muertos por las calles.

Bien pronto se hizo pie firme en la nueva posición elegida, estableciéndose Reynier en las cumbres de Santarem, donde estaba cubierto por pantanos, escarpas, barrancos, por las aguas del río Mayor, y enlazado á la cordillera principal de la Estrella por una brigada de Junot, acantonada desde Tremez á Alcanhede. Sólo estaba mal distribuído bajo el aspecto de las provisiones, bien que para resarcirle se le abandonó parte de la rica llanura de Golgao; hacia el centro de ella acampó

Junot en Torres-Novas: Ney situó su cuartel general en Thomar, teniendo la división de Loissón en Punhete, dos en Thomar mismo y una brigada de infantería con toda su caballería en Leiria, al descenso de la Estrella, de modo de ocupar el camino de Torres-Vedras á Coímbra. Así podía cubrir los talleres de Punhete, amenazar á Abrantes y trasladarse por un movimiento de izquierda á derecha sobre Leiria, si lord Wéllington trataba de cogernos por la espalda.

Al par que inexpugnable era adaptada esta posición á los distintos objetos en que se tenía puesta la mira, como que estribaban en preparar el paso del Tajo, en tomar á Abrantes, en bloquear, en fin, las líneas inglesas, mientras llegaban los refuerzos pedidos á Napoleón. Habitualmente descontento el mariscal Ney de lo que en el cuartel general se mandaba, hubiera querido que se reuniera todo el ejército entre Leiria y Coímbra; pero desviarse hasta este punto de Lisboa, era empezar una especie de retirada, abandonar la orilla del Tajo, y renunciar al paso de este río, así como á todo proyecto concerniente á Abrantes, sin proporcionarse más seguridad ni más probabilidades de comunicarse con Almeida. Por el contrario, teniendo únicamente la caballería y una brigada de infantería en Leiria, había certeza de volver á ganar el camino de Coímbra á Almeida, siempre que se considerara oportuno, sin renunciar á ninguno de los objetos proyectados. Además, teniendo puestos junto á Zézere, se estaba más cerca de Almeida que en Leiria misma, habiendo proporción de comunicarse con la frontera española por un camino no tan infestado por las bandas de Trent, ya que pasaba al Sur de la Estrella.

En esta nueva posición pareció el ejército confiado, bastante satisfecho de su manera de vivir y muy esperanzado en volver de nuevo á su empresa, cuando se le juntaran los refuerzos procedentes de Castilla la Vieja por el camino de Almeida ó por el de Badajoz desde Andalucía. Entretanto ocupaban sus brazos y su espíritu los preparativos para cruzar el Tajo y para acometer á Abrantes. Massena dióse prisa á emplear los medios necesarios para hacer llegar á París noticias de su situación y de sus necesidades. Si fuera ejército español el que tuviera delante, no hubiera por qué se inquietara mucho; mas necesitando habérselas con un ejército inglés, mandado por un prudente y hábil caudillo, y hallándose á gran distancia de su base de operaciones, en la necesidad de vivir del merodeo durante el invierno que se acercaba y con el campamento cerca de un río, del cual tan sólo una orilla era suya, al par que poseía las dos su contrario; contando una tercera parte de fuerzas menos que éste, sin municiones más que para una batalla, por todas partes rodeado de partidas que no dejaban pasar ningún correo, lo menos que le podía acontecer era no llenar el objeto de la campaña, y retirarse sin forzar las líneas inglesas, pudiendo á cualquier momento experimentar un desastre, si á fuerza de vigilancia, de firmeza y de discernimiento en la elección de las posiciones no sabía hacerse inatacable. Determinóse, pues, á enviar á París un oficial entendido y bizarro, haciendo que le acompañara un pequeño cuerpo de tropas, ya que sólo á esta condición había manera de llegar á la frontera española. Para este encargo escogió al general Foy, á quien tenía á sus órdenes desde Zurich, hombre de sumo despejo y atractivo, dotado del

talento de explicar muy bien sus ideas y decorado además con una herida recibida en Busaco. Le fió el cuidado de exponer las operaciones del ejército desde su salida de Almeida hasta su establecimiento en Santarem: además de los despachos que puso en sus manos, le encargó que se lo explicara todo al emperador verbalmente y le pidiera para dentro de brevísimo plazo municiones, víveres, refuerzos, ya por Almeida, ya por Badajoz, prometiendo acabar pronto la guerra contra los ingleses si á tiempo llegaban estos socorros, y pronosticando muchos y grandes infortunios si se le hacía estar en espera.

No podían, pues, atenerse á distinta conducta que la que observaban en este instante los dos guerreros superiores, á quienes el destino acababa de colocar en las extremidades de Portugal uno frente de otro. Wéllington no podía defender mejor el postrer límite de aquel país, única porción que le quedaba en el territorio de la península, y Massena no se podía preparar mejor á atacarlo. De este promontorio extremo iba á depender la suerte de las naciones europeas, como que, una vez expulsados de Portugal los ingleses, todo debía propender á la paz general en Europa, y al contrario, en consolidándose su situación en aquel suelo, en viéndose obligado Massena á desandar camino, la fortuna del imperio empezaba á retroceder delante de la fortuna británica para abismarse quizá en medio de una catástrofe cercana. De consiguiente la cuestión era de trascendencia suma, bien que dependía menos de los dos generales encargados de resolverla con las armas, que de los dos gobiernos encargados de suministrarles recursos: á ellos tocaba la solución de esta cuestión grave, que era no menos que la del imperio del mundo. Ahora se va á ver qué ayuda recibieron estos dos generales, uno de una patria agitada por los partidos, y otro de un soberano cegado por la próspera suerte.

Por serios que sean los apuros de un jefe de ejército en la guerra, hay que guardarse de creer que el adversario no tiene los suyos. Napoleón, que había adquirido en el más alto grado la filosofía de la guerra, como los hombres que viven mucho acaban por adquirir la filosofía de la vida, gustaba de decir que después de una batalla cada cual tenía que ajustar sus cuentas, y que si se convencían de esta verdad los generales, no se desanimarían por las apariencias ni aun por la realidad de una derrota, y antes bien perseverando conseguirían á menudo la ocasión de atraerse la fortuna. Con efecto, si Massena se hallaba en una situación grave, la de Wéllington no era desembarazada tampoco; al par que el general francés consideraba difícil tomar las líneas de Torres-Vedras, el general inglés consideraba difícilísimo defenderlas si los franceses se atemperaban á la conducta más naturalmente indicada. Así lord Wéllington se hallaba expuesto á dos peligros: uno, que los franceses juntaran todas sus fuerzas hacia Lisboa para abrumarle con ellas; otro, que el gobierno británico, dividido como debía estarlo todo gobierno libre ante cuestión de tal magnitud, le llamara de Portugal ó adoptara providencias que hicieran su perseverancia imposible; dos peligros que, igualmente graves, aunque no probables del mismo modo, se presentaban cada cual con harta verosimilitud para inquietar profundamente su alma por fuerte que fuera.

En cuanto á la concentración de las fuerzas de los franceses delante de Lisboa, que podía resultar á la vez de llegar las tropas reunidas á las órdenes del general Drouet en Castilla la Vieja ó de refluir hacia Portugal los ejércitos de Andalucía, era muy de prever, y tan indicada, que se necesitara entrar ciego para no temerla. A la verdad se hablaba mucho de la llegada de las famosas divisiones de Essling (las que de manos del mariscal Oudinot habían pasado á las del general Drouet) y de su influencia probable sobre la suerte de la guerra; se hablaba también de la aparición del quinto cuerpo á las órdenes del mariscal Mortier, trasladado de Sevilla á Badajoz, como se ha visto. Relativamente á las divisiones de Essling, recién entradas en el territorio de Castilla la Vieja, lord Wéllington, por lo común bien informado, pensaba que no eran tan numerosas como se pretendía; que hacia el Norte de la península tendrían harta en qué ocuparse; que á lo más llegarían á reforzar á Massena por la orilla derecha del Tajo, y que no le llevarían un medio más de los que tuviera á su alcance para pasar á la orilla izquierda. Aun cuando la llegada de estas dos divisiones fuera un hecho alarmante, había otro temor de más bulto, el de que refluieran las tropas de Andalucía hacia Lisboa, dado que, parcialmente ó en masa, podían ir á alargar la mano á Massena por la orilla izquierda del Tajo, asegurándole de consiguiente ambas riberas y proporcionándole medios de atacar las líneas de Torres-Vedras con fuerzas formidables. Tal era el principal desvelo del general inglés, quien temía más que nada que los franceses, descuidando los sitios de Cádiz y de Badajoz, se trasladasen en masa hacia Lisboa para ayudar á Massena á apoderarse de las líneas de Torres-Vedras. Así estrechaba vivamente á la regencia española á dar á los franceses cuanta más ocupación pudiera delante de Cádiz, á cortar todos los puentes del Guadiana para oponer grandes dificultades á su paso y á hacer de Elvas, de Campo Mayor y de Badajoz fortalezas tan importantes que no se atreviesen á descuidarlas para marchar sobre Lisboa. Y como lord Wéllington dudaba mucho que sus consejos se siguieran exactamente, hubiera querido convertir la hermosa provincia del Alentejo en un desierto, cual lo hizo con la de Coímbra, para que si la invadían los franceses no pudieran vivir en ella; pero lo solicitaba sin fruto de la regencia de Portugal, que por quitar víveres á los franceses no quería privarse también de ellos, y que frecuentemente le decía con acritud que en vez de combatir á los franceses con el hambre, medio igualmente funesto para ambos partidos, haría mejor en combatirlos con las armas y en libertar á Portugal en vez de arruinarlo.

Estas respuestas irritaban al general inglés sin alterar su resolución muy juiciosa, que era de continuo la de no arriesgar una batalla contra los franceses, estando más seguro de destruirlos con la miseria que con hechos de armas, dudosos cuando menos, si se determinaba á tomar la ofensiva; por atinado que este plan fuera, costábale no poco perseverar en llevarlo á cabo. Ya los comestibles costaban enormemente caros en Lisboa, bien que el mar estuviese abierto y protegido por el pabellón de la Gran Bretaña. No faltaba trigo, ni pescado salado tampoco, pero escaseaba mucho la carne, las legumbres frescas habían desaparecido, y los comestibles todos,

cualesquiera que fuesen, sólo estaban al alcance de la opulencia, hasta el punto de que en lugar de satisfacer al pueblo de Lisboa sus jornales en dinero, hubo que pagárselos en raciones; y hasta fué preciso poner tasa al precio de las habitaciones para los infelices que habían refluído en la capital desde las provincias. A estos vivos padecimientos se juntaban ansiedades continuas, porque á cada movimiento de los franceses se anunciaba un ataque y se predecía su triunfo. En el ejército inglés mismo, á pesar de su disciplina rigurosa, á pesar de la estimación que profesaba á su caudillo, se levantaba más de un murmullo y hasta entre los oficiales. A los soldados de lord Wéllington y á los numerosos refugiados tendidos por tierra en medio de las líneas de Torres-Vedras no convenía estarse á pie quieto, expuestos sobre aquel alto promontorio de Lisboa á todos los vientos del Océano y á no interrumpidas lluvias, en vez de marchar y de combatir, que es para la gente de guerra la mejor distracción de los sufrimientos. Muchos oficiales se quejaban sin rebozo, escribían á sus compatriotas cartas fatales, y ayudaban á fomentar las inquietudes que sobre el ejército británico se concebían en Inglaterra.

Pocas personas creían en Londres, aun entre los miembros del gobierno, que mantenerse en Portugal fuera posible. A cada instante se temía saber que el ejército se hubiera embarcado, y se deseaba que lo hiciera espontáneamente, lejos de esperar á que los franceses le obligaran á apelar á este último recurso. Así el ministerio, más vigorosamente atacado que nunca, no cesaba de recomendar á lord Wéllington la prudencia, y de recomendársela hasta importunarle, hasta hacerle temer un próximo abandono ó cuando menos una debilísima ayuda. Un fatal accidente sobrevenido en Inglaterra había de súbito agravado la situación del gabinete y hecho de resultas la de lord Wéllington aún más embarazosa. Jorge III acababa de sufrir en su salud una recaída, siendo atacado de enajenación mental por segunda vez. De pronto se forjaron ilusiones, persuadiéndose de que sin duda sería pasajero el ataque, y ganóse un mes antes de acudir al parlamento para adoptar las providencias que requería tal invalidez de la autoridad real; á lo cual el parlamento y el público se habían prestado de buen grado por respeto á Jorge III y por desvío al príncipe de Gales, llamado á ejercer la autoridad real bajo el título de regente. Sin embargo, después de esperar lo más posible, fué necesario dirigirse al parlamento y solicitar que confiriera la regencia al príncipe de Gales, amigo de todos los jefes de la oposición y de quien por lo mismo no se dudaba que les confiase entonces el mando. Así el antiguo partido de Mr. Pitt, el único partido ministerial á través de todas las transformaciones del gabinete británico, el único sobre todo parcial de la guerra, hizo todo lo posible por limitar los poderes del regente, á la par que la oposición se esforzó por ampliarlos cuanto pudo. A consecuencia de una contradicción de las muy frecuentes entre partidos, aparecía la oposición más monárquica en sus doctrinas y el gobierno menos en las suyas. Sustentaba la oposición que no había ley que dar, porque una ley, según la constitución inglesa, suponía la acción de los tres poderes y la sanción real sobre todo, imposible ahora estando el rey incapacitado para todo acto. A consecuencia